

para dar fiestas en honor de la Reina Isabel. Y hácia la tarde fuí á dar unas cuantas vueltas por un delicioso paseo á lo largo de la orilla del mar, en medio de naranjos y palmeras, donde me fueron indicadas una á una las más bellas y elegantes gaditanas. A mí cualquiera que sea el parecer de los españoles, el tipo femenino de Cádiz no me parece inferior á aquel tan celebrado de Sevilla. Las mujeres son un poco más altas, algo más gruesecitas y tienen un color moreno más marcado. Algun fino observador estima poder asegurar que conserva algo del tipo griego: no lo sé. Yo no ví, salvo la estatura, sino el tipo andaluz; y fué muy bastante para obligarme á lanzar suspiros tales que pudieran hacer navegar en popa á una lancha, y precisarme á volver cuanto antes á mi barca como á un lugar de paz y refugio. Cuando me hallé á bordo, era de noche: el cielo todo centelleaba de estrellas, y el aire llevaba en algunas intermitencias la música de la banda que tocaba en el paseo de Cádiz.

Los cantantes dormían, me hallaba solo; la vista de las luces de la ciudad, la música y el recuerdo de los hermosos rostros gaditanos me produjeron melancolía; no sabía qué hacerme: bajé á la cámara, cogí mi cuaderno y comencé la descripción de Cádiz. Pero no conseguí sino escribir diez ó doce veces las palabras blanco, azul, nieve, esplendor, colores: despues hice el esbozo de una figura de mujer, y despues cerré los ojos y soñé con Italia.



MALAGA



1. día siguiente al declinar el sol, el buque atravesaba el estrecho de Gibraltar. Ahora, mirando aquel punto en el mapa, me parece tan cercano á mi casa, que no debería titubear un momento si me diese el capricho, y no se opusiese el ajuste de mis cuentas domésticas, de hacer la maleta y correr á Génova para ir á gozar la bellísima vista que ofrecen los dos continentes. Pero entonces creíame tan lejano, que habiendo escrito una carta á mi madre, sobre la borda del buque, con intención de dársela á alguno de los pasajeros que se quedaban en Gibraltar para que la echase al correo, en el acto de poner el sobrescrito, me refié de mi buena fé, como si fuese cuasi imposible que la tal carta llegase á Turin. ¡Desde aquí!—pensaba;— ¡desde las columnas de Hércules! Y decía columnas de Hércules como hubiera dicho Cabo de Buena Esperanza ó el Japon.

”...Estoy á bordo del *Guadaira*, dejo atrás el Océano, á mi frente está el Mediterráneo, á la izquierda Europa á la derecha, el Africa. Veo desde aquí el

cabo de Tarifa y al otro lado las montañas de la costa africana, que aparecen confusas, como nube gris; veo á Ceuta, y un poco más allá, como si fuera una mancha blanca á Tanjer, y frente por frente del vapor el Peñon de Gibraltar. El mar está sereno como un lago y el cielo de color de rosa y oro. Todo tranquilo, bello y magnífico; siento en mi mente inexplicable y dulcísima confusión de grandes ideas, que si pudieran expresarse con palabras, creo que terminarían en plácida oración que comenzase y diese fin con tu nombre..." El buque fondeó en Algeciras: la compañía de cantantes se embarcó en un lanchon que había llegado de Gibraltar, y se alejó agitando abanicos y pañuelos en señal de despedida. Cuando el barco se hizo á la mar anoheció. Entonces pude apreciar á simple vista y en todo su diámetro la enorme mole del Peñon de Gibraltar. Al principio supuse que á los pocos minutos le dejaríamos á popa, pero tardamos largas horas. Conforme nos acercábamos, se agigantaba, á cada instante presentaba un nuevo aspecto: así era el perfil de gigantesco monstruo, como inmensa escalera, tan pronto aparecía como castillo fantástico, cuanto semejaba la informe masa de un monstruoso acrolito caído de un astro aniquilado en ruda batalla de mundos: y despues presentaba detrás de una punta, altísima como pirámide egipcia, un promontorio grande como una montaña, y grietas, y peñascos tajados á pico, y larguísimas ondulaciones que se perdían en el llano.

Era de noche; el peñon destacaba sus ásperos contornos tan escuetos y marcados sobre el cielo ilumina-

nado por la luna, como un cono de papel negro sobre el cristal de un espejo. Se veían las iluminadas ventanas de los cuarteles ingleses, las garitas de los centinelas, en las cimas de enriscadas alturas, y algun que otro contorno, muy incierto, de árboles que hacían el efecto de un poco de yerba nacida entre las peñas más cercanas. Por largo tiempo se mantuvo la ilusión de que el barco no se movía, y de que el peñon nos persiguiese: tan cercano y amenazador estaba siempre; despues, y poco á poco, empezó á disminuir; pero nuestros ojos se cansaron de mirar, antes que el peñon de amenazar con sus fantásticas trasfiguraciones. A media noche envié el último saludo á aquel formidable centinela muerto de Europa, y fuí á meterme en mi escondrijo. Al despuntar el alba me desperté, ya á pocas millas del puerto de Málaga.

La ciudad de Málaga, vista desde el puerto, tiene un aspecto muy agradable no exento de majestad. A la derecha un altísimo monte peñascoso, sobre cuya cima y bajando por una de sus laderas hasta la llanura, negrean las ruinas gigantescas del castillo de Gibralfaro, famoso por la obstinada resistencia que en él opusieron los árabes á los ejércitos de Fernando y de Isabel la Católica; y á la falda del monte la catedral, que se alza majestuosa sobre todos los edificios que la rodean, lanzando al cielo, como diría un poeta atrevido, dos bellas torres y un altísimo campanario. Entre el castillo y la iglesia, delante del monte y por los lados, una multitud, una canalla, para decirlo á lo Víctor Hugo, de casuchas ahuma-

das, puestas las unas sobre las otras, como si hubieran sido arrojadas desde lo alto á manera de enormes piedras. A la izquierda de la catedral y á lo largo de la playa, una fila de casas de color ceniciento, violáceo, amarillento, con un cereo blanco en las ventanas y puertas que recuerda las aldeas de la corte liguriana. Más allá una corona de colinas verdes y bermejas que rodean la ciudad como muro de anfiteatro; á derecha é izquierda, á lo largo de la orilla del mar nuevos montes y colinas y rocas que se pierden de vista. El puerto casi desierto, la playa tranquila, el cielo purísimo. Antes de saltar á tierra me despedí del capitán que debía continuar el viaje hasta Marsella; saludé á los marineros y pasajeros diciendo á todos que llegaría á Valencia en el mismo día que el vapor, y que me embarcaría de nuevo para ir á Barcelona y Marsella: el capitán me dijo:—Le esperamos,—y los camareros prometieron guardarme mi sitio. ¡Cuántas veces recordé enseguida las últimas palabras de aquella pobre gente! Llegué á Málaga con el intento de ponerme en camino para Granada la misma tarde. El interior de la ciudad no tiene nada de notable. Excepción hecha de la parte nueva que ocupa un espacio que antes cubría el mar, y que está construida á la moderna con calles largas y rectas, y casas grandes y desmanteladas; el resto de la ciudad es un laberinto de callejas tortuosas y una aglomeración de casas sin color, sin patios, sin gracia. Se ve alguna plaza espaciosa con jardines y fuentes; alguna columna y algún arco de edificios árabe.: ningún monumento moderno, mucha inmun-

dicia y poco pueblo. Los alrededores son bellísimos y el clima más benigno que el de Sevilla.

En Málaga tenía un amigo; fuí á buscarlo y pasamos juntos la tarde. El me proporcionó una noticia curiosísima. En Málaga hay una Academia literaria formada por más de ochocientos socios, en la cual se celebran los aniversarios de todos los grandes escritores y se leen dos veces por semana trabajos sobre ciencia ó literatura. Aquella misma tarde debía celebrarse una fiesta solemne. Meses antes la Academia había creado tres premios, tres bellísimas rosas de oro esmaltadas de muy varios colores, para los tres poetas que compusiesen la mejor oda al progreso, el romance mejor sobre la reconquista de Málaga y la mejor sátira contra uno de los vicios más comunes de la sociedad moderna. Se había publicado una *convocatoria* á todos los poetas españoles; las poesías habían llovido á montones; un jurado las juzgó secretamente y aquella misma tarde debía publicar su sentencia. La ceremonia se hacía con gran pompa: tenían que asistir el Obispo, el gobernador, el comandante de marina, los cónsules, los personajes más ilustres de la ciudad, con casaca, fajas y condecoraciones y gran número de señoras vestidas de etiqueta. Las tres más bellas Musas de la ciudad debían ocupar una especie de palco escénico, cubierto de guirnaldas y banderas, en el cual abriría cada una de ellas el pliego que guardaba la poesía premiada y proclamar tres veces el nombre del autor; si el autor se hallaba presente, invitarle á que leyera sus versos y entregarle el premio adjudicado; si no estaba presente leerlos ellas mismas. En la

ciudad no se hablaba de otra cosa que de la Academia; se conjeturaba sobre quiénes serían los vencedores; se anunciaban maravillas de las tres poesías, y se ensalzaba el magnífico aspecto de la sala. Esta fiesta poética, á la cual se da el nombre de *juegos florales*, no se celebraba hacía diez años. Algunos discuten sobre si estas luchas y este aparato ayudan ó perjudican á la poesía y á los poetas. En cuanto á mí, aunque sea dudosa y poco duradera la gloria literaria que pueda dar la sentencia de un jurado y la aprobacion de un Obispo y un Gobernador, creo que el recibir un premio, una rosa de oro de manos de una hermosísima mujer, bajo las miradas de quinientos andaluces, al sonido de una música suave y entre el perfume de los jazmines y rosas, será una alegría tan viva y tan profunda como la que procede de la gloria cierta y duradera. —¿No?—¡Ah, seamos sinceros!

Uno de mis primeros pensamientos fué el conseguir un poco de verdadero vino de Málaga, sin más intento que el de cobrarme de muchos dolores de estómago y cabeza de los que soy acreedor contra el maldito intruso que se vende en algunas ciudades de Italia con la mentirosa recomendacion de su nombre. Pero sea que no supe pedir ó que no me quisieron entender, lo cierto es que el vino que me dieron en la bodega, me abrasó las entrañas y aturdió mi cerebro por completo. Sin embargo, pude andar derecho hasta la catedral, y desde la catedral al castillo de Gibralfaro, y á otros varios sitios, y tomar una idea de la belleza de las malagueñas, sin mirarlas con malicia y picardía, como podría suponer algun maligno.

Andando, andando, mi amigo me habló de este republicanamente famoso pueblo de Málaga, que á cada momento hace una de las suyas. Es un pueblo vehementísimo; pero versátil y dócil como todos los pueblos que sienten mucho y piensan poco, y obran más al impulso de la pasión que por la fuerza del convencimiento. Por un nada se forma una multitud inmensa y se promueve un tumulto capaz de trastornar la ciudad hasta volverla patas arriba; pero la mayor parte de las veces basta un acto resuelto de un hombre autorizado, un rasgo de valor, un rayo de elocuencia, para tranquilizar el alboroto y dispersar la multitud. La índole del pueblo, en el fondo es buena; pero la extravían las pasiones y la superstición. Y sobre todo la superstición está casi más arraigada en Málaga que en ninguna otra ciudad de Andalucía, á causa de la mayor ignorancia. En suma, Málaga es la ciudad ménos andaluza que he visto, y está más bastardeada hasta en la lengua, porque en ella se habla peor que en Cádiz, y en ésta ya se habla mal.

Aun estaba en Málaga, pero mi imaginacion volaba ya por el camino de Granada y los jardines de la Alhambra y Generalife. Al principiar la tarde me puse en camino, y si he de decir la verdad, aquella fué la única ciudad de España que dejé sin lanzar un suspiro. Cuando el tren partió, en lugar de volverme hácia ella para darle el ¡adios! de despedida, como había hecho con todas sus hermanas, murmuré los versos cantados por Giovanni Prati á Granada, cuando el duque de Aosta se embarcó para España:

«Ya no está Granada sola
Sobre sus calladas piedras:
Álzanse los reyes moros
Al clamor que los despierta;
Himno sonoro se escucha
Que en torno la Alhambra atruena.»

Y ahora, al volverlos á escribir, pienso en que la banda de la Guardia nacional de Turin inspira la alegría y la paz, mejor que los moriscos cetros; y que el empedrado de los pórticos de Pó, á pesar de ser mudo tambien, está mejor enlazado y más bruñido que las piedras de Granada.



GRANADA



LENO de aventuras y el más desgraciado que hice por España, fué el viaje de Málaga á Granada. Para que los lectores competentes puedan compadecerme tanto como yo lo desco, es necesario que sepan (y me duele entretener á mis lectores con semejantes bagatelas) que en Málaga almorcé ligeramente á la andaluza, almuerzo del cual me quedaba apenas confuso recuerdo en el instante de la partida. Pero había salido seguro de poder bajar en cualquiera estación donde hubiera alguno de esos comedores públicos, donde uno entra al galope, come á la carrera y paga aceleradamente, para entrar de nuevo en el vagon, maldiciendo del reloj, de los viajes y del ministro de obras públicas que ha hecho *traicion al país*. Partió el tren, y durante algunas horas aquello fué una delicia. La campiña formaba ondas de colinas y verdes campos sembrados de pequeñas quintas coronadas de palmeras y cipreses; y en el vagon entre dos viejos que cerraban los ojos, había una jóven andaluza que miraba á su alrededor con sonrisa picaresca, que pa-